

El Gran Sebastián

Cuando leí la noticia en el diario no pude menos que sentir una gran alegría. El famoso ventrílocuo Sebastián, a quien había visto varias veces en televisión, actuaría durante una breve temporada en un teatro que se encontraba a pocas cuadras de mi casa. Normalmente era un cinema-tógrafo, pero tenía un escenario para funciones teatrales.

Con mis escasos diecinueve años, el espectáculo de un hombre conversando animadamente con un muñeco me resultaba fascinante; la posibilidad de ver uno en persona me hizo olvidar por un rato todos mis problemas: mi pelea con Adela, el haber dejado mi empleo luego de tan solo tres meses, lo cual había causado la ira de mi padre, y la derrota de mi equipo favorito en la final de fútbol.

Cuando me encontré con Eduardo esa noche le di la noticia, pero él no pareció mostrarse muy interesado, aunque me prometió acompañarme a la primera noche de actuación. Tampoco Alejandro se mostró muy entusiasmado al saber que pronto podríamos ver en persona al famoso ventrílocuo, pero me dijo que quizás vendría al debut. A mí me parecía absurdo que ellos no se sintieran entusiasmados ante la posibilidad de presenciar una actuación del Gran Sebastián y su muñeco Ulises.

En los días subsiguientes creció mi expectativa frente a la inminente actuación del ventrílocuo; el interés que aquel espectáculo despertaba en mí mantuvo mi mente ocupada casi todo el tiempo y me ayudó a no pensar mucho en mi problema sentimental; mi desavenencia con Adela había sido por una tontería, pero el orgullo de ambos nos impedía dar el primer paso para una reconciliación.

Cuando llegó la noche del sábado, allá estábamos Eduardo y yo (Alejandro en el último momento decidió no venir), ocupando dos butacas de la segunda fila. La actuación de Sebastián se complementaba con una obra teatral de un autor poco conocido.

Luego de algunos minutos que me parecieron horas, llegó el momento tan ansiado: se alzó el telón y un maestro de ceremonias anunció, impostando la voz, “¡El Gran Sebastián y su muñeco parlante, Ulises!”

Una gran ovación le recibió. Era un hombre de mediana edad, calvo, algo regordete pero bastante alto, de rostro enigmático, que se presentaba con impecable “smoking” negro y corbata de moña. Ulises también lucía un “smoking” y aunque sólo movía sus labios, hacía girar su cabeza y

ocasionalmente pestañaba, su cara tenía una especie de sonrisa extraña, que me recordó a la Gioconda.

De inmediato Sebastián comenzó a dialogar con Ulises. Y de inmediato la audiencia comenzó a disfrutar plenamente de aquella conversación. Risas y aplausos se sucedían continuamente, ya que el diálogo entre Sebastián y Ulises nos llevaba a todos a un clímax dramático, para luego con un chiste final, casi siempre a cargo de Ulises, hacernos reír a más no poder. Las carcajadas y aplausos del público siempre encontraban a un Ulises con expresión triunfante (al menos eso me parecía), y a un Sebastián disgustado.

El diálogo era llevado con tal habilidad, que no pude menos que sentir una mayor admiración por el comediante; éste lograba dar vida a Ulises en forma tan convincente, que por momentos, gran parte del público se emocionaba hasta las lágrimas. Pero siempre el final de cada anécdota o cada historia era jocoso, y el público premiaba con fuertes aplausos el inesperado final de un diálogo que nos envolvía totalmente y nos hacía participar de las emociones que los dos personajes vivían.

La actuación duró casi una hora; cuando terminó, Eduardo admitió que había sido excelente. Al salir del teatro, luego de presenciar la mediocre obra teatral, estuvimos de acuerdo que el ventrilocuo era un artista genial.

A la noche siguiente volví al teatro. Eduardo tenía otros planes, y Alejandro tampoco me quiso acompañar, de modo que fui solo a ver al ventrilocuo.

Sebastián no repitió ninguna de las ocurrencias y agudezas de la noche anterior, sino que presentó otras nuevas. El diálogo se tornó más cáustico y virulento, poniendo Ulises en ridículo a su dueño en varias oportunidades.

Al promediar el espectáculo, la conversación entre los dos personajes parecía un duelo verbal. En primera fila, no lejos de donde yo me encontraba, había una joven de singular belleza, y en un momento Ulises, con su voz aflautada, dijo a Sebastián:

–Hace rato que miras a esa señorita con insistencia. ¿No te das cuenta que puedes ser su abuelo?

El rubor de Sebastián pareció tan auténtico que no pude menos que admirarlo más aún. Éste contestó:

–No seas imbécil, Ulises. Me parece que eres tú el que está mirando a la dama con insistencia. ¿Y no te das cuenta que esa preciosa chica no se va a fijar en un ... monigote como tú?

La hermosa espectadora reía nerviosamente. Ulises miró a su dueño, y yo casi juraría que vi su rostro transfigurarse, aunque más tarde lo atribuí a la sugestión psicológica que envolvía a todo el público frente a aquel diálogo tan convincente. El silencio se hizo presente en la sala. La dama de la primera fila, tan alegre hasta ese momento, se quedó de pronto muy seria. Sebastián miró a Ulises esperando su respuesta. Ésta no se hizo esperar:

–¿Monigote yo? ¿No te parece que estás yendo demasiado lejos?

Sebastián no contestó y aparentó indiferencia. Ulises continuó:

–¿De modo que yo soy un monigote, eh? ¿Un muñeco ridículo y sin valor? Pues yo quiero preguntarte algo, ahora, Sebastián. ¿Te acuerdas cómo nos conocimos? ¿Te has olvidado que cuando me encontraste eras un pobre diablo que no tenía ni para comer? ¿Y que gracias a mí, sí, gracias a mí, viejo, conseguiste trabajo y empezaste a comer todos los días...?

Sebastián estaba serio. Sus facciones reflejaban preocupación. Quiso decir algo, pero Ulises continuó:

–No, no he terminado aún. ¿Así que soy un monigote, eh? ¿Y por qué no le dices al público que gracias a mí pudiste hacerte de un nombre, que gracias a mí recorriste los mejores escenarios de Europa? ¿Por qué no cuentas que una vez, cuando te olvidaste del libreto, fui yo quien te sacó del aprieto recitando versos de Antonio Machado y de Darío? ¿Y por qué no cuentas que más de una vez llegaste al teatro borracho como una cuba...

Aquí Sebastián levantó su brazo izquierdo, y yo creí que daría al muñeco un cachetazo. Ulises prosiguió:

...Sí, sí, era yo, viejo, el que tenía que improvisar, porque tú te olvidabas del libreto y casi no podías sostenerme en tu rodilla, por qué no lo dices, ¿eh? ¿Y por qué no cuentas que por esas borracheras casi te echaron de un teatro en Barcelona, y que el gerente te dijo que si no lo hacía era por mí, y sólo por mí, porque yo, Ulises, era el que “hacía” el espectáculo?

El silencio en la sala se había hecho total y molesto. Sólo la voz aflautada de Ulises despertaba ecos en las paredes del viejo teatro. Sebastián estaba lívido. La mención de Ulises a su afición por la

bebida parecía haberlo enfadado bastante. La escena era tan real que los espectadores estábamos en el borde de nuestros asientos, pendientes de aquel diálogo pungente, y yo por momentos temía que Sebastián arrojase a Ulises furiosamente contra el suelo. Luego de una breve pausa, éste continuó implacable:

–Me parece que si hay aquí algún monigote, eres tú, viejo. ¿O no te has mirado al espejo hoy? ¿No ves que estás pelado, mofletudo, panzón, y que ya ninguna mujer se va a fijar en un viejo tonto como tú?

Ulises miró al público alzando su cabeza y yo creí ver una expresión triunfante en su rostro. Sebastián había palidecido y su frente se había llenado de gotas de sudor.

–Tienes una boca muy grande, Ulises. Uno de estos días... –su tono era amenazante.

–No te tengo miedo, viejo tonto –replicó Ulises. Y luego agregó: –Donde sigas así voy a buscarme otro socio. Precisamente el otro día vi en el diario...

–¡Cállate, Ulises! –La voz de Sebastián fue como un rugido. –¡Te ordeno que dejes el tema de inmediato! Vamos a hablar de otras cosas; al público no le interesan tus estupideces.

“Es en verdad un genio”, pensé. Finalmente, el diálogo se hizo menos áspero, y derivó al tono jocoso de siempre y todos disfrutamos de otra noche inolvidable.

Al finalizar la función me quedé en el foyer del teatro hasta que el público despejó la sala. Me acerqué a uno de los porteros y le pregunté si era posible ver a Sebastián por algunos minutos. Amablemente mi pedido fue denegado; Sebastián había dicho que no quería ver a nadie esa noche. Me sentí tremendamente frustrado, ya que impactado por aquella actuación quería hablar con el artista a toda costa.

Como ya era bastante tarde, decidí irme a dormir. Mas de pronto se me ocurrió algo. Salí casi corriendo y rodeando la manzana me interné por el callejón que pasaba detrás del teatro. Salté una verja y luego de recorrer un pasillo me acerqué a una puerta que intenté abrir pero estaba cerrada con llave; probé otra con el mismo resultado. Me acerqué a una ventana iluminada cuyo marco inferior estaba a más de dos metros del suelo y que estaba entreabierta. Oí voces; miré a mi alrededor buscando algo en que trepar para poder entrar por la ventana, pues no podía contener mi deseo de conversar aunque fuera un minuto con el genial artista, pero no encontré nada. Me detuve

a pensar. ¿Habría otra forma de ingresar al teatro? De pronto oí algo que asombró; era la voz aflautada de Ulises. ¡La ventana pertenecía al camerino del artista!

Casi de inmediato escuché a Sebastián recriminando a Ulises que le hubiera puesto en ridículo frente al público. Mi asombro crecía por momentos. ¿Cómo era posible? Recordé nuestras clases de psicología, en las que se había hablado de casos de desdoblamiento de la personalidad, y que se había dicho que un ventrílocuo tenía posibilidades de sufrir dicha condición. También recordé una película en la que se presentaba un caso similar, donde el ventrílocuo continuaba, luego de la función, “conversando” con su muñeco, cambiando la voz cuando asumía la personalidad del mismo. Era evidente que estaba en presencia de uno de esos casos.

Las voces subían de tono. Oí que Ulises decía:

–Si vamos a seguir así, es mejor que nos separemos, Sebastián.

–¡Déjate de tonterías, Ulises! No puedes estar hablando en serio, –contestó aquél en forma vehemente.

–Hablo muy en serio – dijo Ulises. –Mañana mismo me vas a comprar el diario para buscar otro compañero; casualmente el otro día...

–¡Cállate, imbécil! –la ronca voz fue un alarido. –¡Tú no me puedes dejar! ¡Yo he sido quien te ha hecho famoso! ¡Yo he sido el que he ideado nuestro show! ¡Yo escribo los libretos! Tú no puedes hacer nada sin mí, así que te callas la boca y te quedas quieto donde estás, muñeco imbécil.

–Mira, Sebastián, que hablo en serio. ¡Quiero irme! –La voz de Ulises sonaba calma pero firme.

–¡He dicho que no! ¡Tú a mí no me abandonas!– respondió Sebastián en forma casi histérica.

Sentí los latidos de mi corazón en las venas del cuello. Luego escuché ruido de botellas y una copa siendo llenada. Sebastián estaba bebiendo. Luego de un breve silencio, oí la voz aflautada de Ulises que decía, como arrastrando cada sílaba:

–¡Te odio, viejo borracho! Sí, como lo oyes, ¡te odio!

Hubo un breve silencio, y luego escuché la voz de Sebastián, que sonaba angustiada:

–¡Ulises! ¿Qué haces, estúpido? ¿Estás loco?

Miré nuevamente a mi alrededor buscando algo en qué subir que me permitiera ver lo que sucedía dentro, pero el corredor estaba completamente vacío. De pronto escuché nuevamente la voz de Sebastián, casi aterrorizado:

—¡No, Ulises, no!

Casi de inmediato, como un trueno, el ruido de un disparo quebró el silencio de la noche. Escuché a Sebastián exhalar un quejido ronco, y luego el ruido de un pesado cuerpo cayendo al suelo. Por un segundo quedé paralizado de terror. Los latidos de mi corazón se aceleraron al máximo, y empecé a alejarme por donde había venido. Salté la verja desgarrándome la chaqueta, y una vez en la calle tropecé con un tarro de desperdicios que metió un ruido infernal al rodar hacia la calle, y me alejé corriendo a toda la velocidad que me daban las piernas. Unos minutos después llegaba jadeando a mi casa, aún aterrorizado por el trágico diálogo del que involuntariamente había sido testigo. La casa estaba silenciosa; mis padres y mi hermano dormían.

Traté de ordenar mis pensamientos. Era evidente que Sebastián había sido herido por un tiro. Pero sus últimas palabras, que yo había escuchado clarísimas, “¡no, Ulises, no!” daban a entender que el muñeco había hecho el disparo, y eso era absurdo.

¿Qué hacer, Dios mío? ¿Ir a la policía y contar lo que había oído? Imposible. Tendría que explicar qué estaba haciendo cerca de la ventana del camerino, y posiblemente me transformaría en el primer sospechoso del crimen. Luego de descansar un rato, me bebí un vaso de leche y me fui a la cama, pero la fuerte impresión recibida me mantuvo despierto hasta la madrugada. Antes de dormirme, había llegado a una conclusión; evidentemente Sebastián era un caso típico de desdoblamiento de la personalidad, y profundamente perturbado, había cometido suicidio.

Al día siguiente me desperté bastante tarde, con una sensación de alivio: todo había sido un sueño. Mientras desayunaba me puse a hojear el diario; de pronto me quedé paralizado; en una de sus páginas estaba la noticia: “Misterioso asesinato de un ventrílocuo”. Y el subtítulo decía: “Extrañas circunstancias rodean el caso. El arma apareció junto a su muñeco, mientras que el cuerpo, con una herida de bala en la espalda, estaba a varios metros de distancia, por lo que se descarta la teoría del suicidio”.

Quedé estupefacto. Entonces no había sido un sueño. Aún sonaban en mis oídos las palabras de Sebastián, “¡no, Ulises, no!” que acusaban al muñeco como el autor del fatal disparo. Pero la lógica

me decía que eso era imposible. No me atreví a comentarlo con nadie, pues temía verme envuelto como sospechoso, o que pensarán que estaba loco, ya que nadie iba a creer mi absurda historia. “Oh, Adela, ¿Por qué no estás aquí?”. Ella me creería. Continué leyendo la crónica del suceso; la policía creía que el asesino había escapado por la ventana, pues un empleado del teatro y varios vecinos habían declarado haber oído, luego del disparo, que alguien que huía había tropezaba con un tarro de basura en el callejón posterior. Sentí un escalofrío al pensar que alguien podía haberme visto; sería difícil explicar por qué motivo me encontraba huyendo de la escena del crimen.

La policía nunca pudo resolver el caso aunque continuó buscando al “presunto asesino que había huido por el callejón trasero”. Luego de algunas semanas, otros sucesos ocuparon las primeras planas, y todo el mundo se olvidó de la muerte del ventrílocuo.

Todo el mundo menos yo. Durante muchos años, aquella voz aterrorizada seguía sonando en mis oídos: “¡no, Ulises, no!”, y aunque mi mente racional me decía que era imposible que el muñeco hubiese matado a Sebastián, no podía encontrar una explicación al misterio.

Aquí termina la historia. Pero, amigo lector, ¿la continúo? Bien, en honor a las mentes lógicas, prosigamos...

* * *

Diez años después, ya casado con Adela, y con una hija de seis años, el extraño episodio era solamente un vago recuerdo. A veces pensaba si realmente yo había escuchado aquel dramático diálogo que marcara los últimos momentos de Sebastián, o si sólo había sido un sueño. En forma casual pude finalmente resolver el enigma, aunque nunca me atreví a presentarme a las autoridades para contar lo que yo sabía del caso.

Mi amigo Eduardo, que se había casado con una argentina y se había ido a vivir a Mar del Plata, vino a pasar unos días con nosotros. Era el padrino de nuestra hija.

–Mira lo que encontré hace unos días –me dijo mientras sacaba de su bolsillo un pequeño recorte de diario. Y agregó: –Es de un diario de Mar del Plata.

Habíamos terminado de cenar, y estábamos saboreando un café. Con curiosidad tomé el papel y comencé a leerlo.

–Léelo en voz alta –me pidió Adela. Así lo hice.

La breve nota daba cuenta del suicidio, en la ciudad argentina, de una mujer de mediana edad. Su nombre era Vilma Santor. Casi de inmediato recordé que el apellido del “Gran Sebastián”, mencionado en la crónica policial en ocasión de su muerte, era Santor. La nota dejada por la suicida declaraba: “Hace diez años yo maté a Sebastián. Motivos me sobran. Yo estaba casada con él desde hacía unos cuantos años. Era un bebedor y jugador empedernido, y en una noche dejaba en la ruleta sus ganancias de un mes; en pocos años me hizo vender una por una todas mis propiedades, y nos quedamos en la mayor pobreza...”

Continué leyendo y el rompecabezas comenzó a tomar forma. La nota continuaba explicando que como sus ingresos no alcanzaban para satisfacer su vicio, Sebastián la había obligado a ejercer la prostitución entre magnates selectos. Harta de aquella situación, Vilma fue a verlo al camerino aquella noche para tratar de poner fin a su martirio. Lo encontró dialogando, como solía hacerlo, con el muñeco que estaba sentado en un sillón; ella pensaba que era la forma como Sebastián ensayaba. Él no notó su presencia esa noche y ella se acurrucó detrás del sillón donde estaba Ulises. Cuando Sebastián, que estaba bastante bebido, había dicho aquella frase (que yo había oído claramente y no había podido olvidar) “¡Ulises! ¿Qué haces, estúpido? ¿Estás loco?”, Vilma había sacado el revólver de su bolso y le estaba apuntando, siempre escondida detrás del sillón. Los vapores del alcohol no le permitían al ventrílocuo ver con claridad, y no se dio cuenta que no era Ulises quien empuñaba el arma, sino su mujer. Cuando se dio vuelta para huir, ella apretó el gatillo; la bala le atravesó el pulmón izquierdo. Vilma dejó el arma sobre las piernas de Ulises y salió del camerino de inmediato, entrando a uno de los baños, donde se compuso un poco. Cuando el teatro se llenó de gente, ella sigilosamente salió del baño y en la confusión se mezcló con la multitud de curiosos que se había formado a causa del incidente.

Eduardo y Adela habían permanecido callados mientras yo leía la noticia. Cuando terminé, aquél dijo:

–Sí, yo recuerdo que el asunto te afectó mucho. Por eso te traje ese recorte.

Fue recién entonces que pude comprobar fehacientemente que mi aventura con el Gran Sebastián no había sido un sueño, y decidí contárselo todo a Adela y a Eduardo. Ellos, incrédulos al principio pero convencidos finalmente, me sugirieron que lo pusiera por escrito, y es por eso, amable lector,

que has podido enterarte de la verdad sobre la misteriosa muerte, en un pequeño teatro de la ciudad de Montevideo, del Gran Sebastián.

Michael Gamarra